

EL OCULTAMIENTO DE EGIPTO

Tesis hacia una prospectiva

ANOUAR ABDEL-MALEK

¡Levanta tu cabeza, hermano!

(Yamāl Abd al-Nasser, julio 23, 1952).

(...) Pues poderoso es el señor de Egipto, demasiado poderoso para permitir que los Bárbaros se acerquen a su camino. Te llamo ¡oh Amón, Padre mío! Me encuentro entre una multitud de Bárbaros a quienes no conozco. Todas las naciones se han levantado en alianza contra mí y estoy absolutamente solo. Nadie está conmigo(...) Estoy aquí, entonces, orando a ti desde las profundidades de estas tierras bárbaras(...) (Amón) Adelante, Adelante, estoy contigo. Yo, tu padre. Mi mano está contigo y te sostendré con más fuerza que cientos de miles. Pues yo estoy aquí, Señor de la Victoria, y amo el valor.

(Ramsés) Mi valentía ha renacido.. Mi corazón se regocija. Todo lo que anhelo se cumple. Héme aquí, como Montu. Lanzo flechas a mi derecha, tomo prisioneros a mi izquierda. Me encuentro ahora frente a ellos, como Baal, cuando su hora llega...

(De la oración de Ramsés II, en la Batalla de Kadesh, c. 1270 a. C.).

EL 26 DE MARZO DE 1979 constituye, en primer lugar y antes que nada, la "segunda fundación del estado de Israel", el fin del "rechazo árabe", según las palabras —que finalmente pueden ser entendidas— de dos destacados y progresistas pensadores sionistas liberales. Esta fecha confiere legalidad al estado racista, santifica su dominación militar sobre la tierra de Palestina y de diversos países árabes —la negación de todo el curso de la historia moderna y contemporánea de la nación árabe.

El 26 de marzo de 1979 constituye —en una segunda instancia— la creación de una nueva alianza militar, bajo

la dominación formal del imperialismo norteamericano, y la consolidación efectiva del liderazgo hegemónico del imperialismo sionista racista en el momento en que la CENOT se desploma, aplastada por la revolución nacional iraní, y la SEATO es desmantelada por la victoria del socialismo en China y Vietnam. De ninguna manera constituye un hecho de "paz" para la nación árabe.

En este momento, más que nunca, los palestinos se ven privados de su patria. Siria y Jordania han perdido grandes partes de sus territorios nacionales. La nación árabe está fragmentada territorialmente; su Liga de Estados se ha convertido en un organismo carente de eficacia, cuyo propio centro se halla marginado. El Sinaí y las fronteras nor-orientales de Egipto han sido desmanteladas y ha quedado abierta la ruta histórica de las invasiones. Más aún, todo el frente de solidaridad de los pueblos afroasiáticos, el frente Tricontinental y el grupo de los países no-alineados se encuentran severamente debilitados. El Continente Africano se ofrece como presa en medio de los crecientes conflictos entre las superpotencias: Asia —el 57% de la humanidad— permanece aún lejana. Ha comenzado un proceso que está trastornando el cercano círculo nacional árabe y amenaza a los dos círculos exteriores a éste —África y el Islam— y que al mismo tiempo pone en contradicción al sistema de países socialistas europeos nucleados alrededor de la segunda superpotencia socialista del mundo, la Unión Soviética.

Nadie elige el momento histórico que le toca vivir.

Nuestro momento histórico, la presente fase de nuestra generación en la historia¹ es, en verdad, el momento del ocultamiento de Egipto.

¹ Acerca de "aquella generación que tiene una cita con la historia" cf. nuestro *Egypte, Société militaire*, París, 1962, o mejor su segunda y más autorizada versión, *Al Mogtama al Misri wa'l Gaysh (1952-1970)*, Beirut, 1975; de un alcance más amplio, *Idéologie et Renaissance nationale: l'Egypte moderne*, París, 1969, etc. La mejor y más autorizada historia académica de las guerras egipcias está siendo investigada y publicada por el Maj.-Gen. Hassan al badri; *Al-Harb fi Ará al-Salām; al-Gawlah al Arabiyya al-Isra'illiyyah al-ULā*, Cairo, 1976, y por el Maj.-Gen. Tahā al-

Dialéctica social: el círculo exterior

2. La geopolítica, desprestigiada en Occidente durante el episodio de 1939-1944, también ha caído en el desprestigio para dos generaciones de intelectuales y políticos árabes, con las sintomáticas excepciones de Yamāl Abd al-Nasser y Yamāl Hamdān.² No obstante, solamente la geopolítica nos da la clave de la pregunta ¿por qué sucedió? ¿por qué aquí? ¿por qué ahora?

Un aura de ideologismo pervade la más reciente ola del pensamiento intelectual árabe. Surgen preguntas tales como ¿cuál es la relevancia de Vietnam en relación con nuestra lucha de liberación nacional? y ¿podríamos de alguna manera tomar ese camino? Otras preguntas semejantes que incluyen dimensiones como el "guevarismo", sin mencionar las vigentes ilusiones de internacionalismo subjetivo, siguen actuando con cierta fuerza entre algunos sectores radicales progresistas de nuestra intelectualidad.³ Porque invocar la primacía de lo político, la fundamental influencia de una geopolítica determinada por "la profundidad de nuestro campo histórico", equivaldría probablemente a renunciar al subjetivismo, es decir, a la primacía del enfoque ideológico en el problema del poder. Se siente que de ese modo le quedaría muy poco por hacer a la intelectualidad, olvidándose que el camino real, trazado por Platón, Ibn Jaldún y Mao Tse-tung —entre otros— señala el vínculo

Magdūb y el Brig.-Gen. Diā Eddin Zuhdī, *Harb Ramadān; al-Gawlab al-ʿArabīyyah al-Isrāʾīliyyah al-Rābiʿah*, Cairo, 1975.

² Especialmente, la destacada obra seminal de Gamāl Hamdān, *Shakhsīyyat Miṣr; dirasab fīʾabqariyyat al-Makān*, Cairo, 1965, y 6 *Oktober fīl-Siratjīyyah al-ʿAlāmiyyah*, Cairo, 1975.

Cf., entre otros, nuestro "Geopolitics and National Movements: an essay on the dialectics of Imperialism", en *Antipode*, vol. 9, Nº 1, pp. 28-36; y "The Civilizational Significance of the Arab National Liberation War-Positions", en *The October, War*, Aruri, Nasser, ed., New York, 1975, pp. 347-65 y *Journal of the Middle East*, Nº 3, 1976.

³ Principalmente en las obras del recientemente fallecido Yasīn al-Hāfez. Análisis perceptivos de Ahmad Bahā-Eddīn, en sus editoriales de *Al-Mustaqbal*, 1973.

existente entre cultura y poder, entre pensamiento y acción, entre el campo de las ideas y el rudo camino de la *realpolitik*.

El ideologismo, de todo tipo, ha convergido en nuestra reciente historia para viciar y falsificar la posición misma de nuestro problema nacional. Hasta Yalta y su secuela, y a partir de la última parte del siglo XIX, la ubicación del problema árabe dentro de la historia ha sido siempre vista en términos de la relación dialéctica entre las dos diferentes civilizaciones de Oriente y Occidente. Tal fue el significado que se le dio a la contraofensiva civilizadora de las cruzadas —que duró diez siglos— contra el Reino de Jerusalén, situado en el centro mismo del Oriente árabe, cuyo fin fue impedir cualquier posibilidad de unificación de los territorios alrededor del Egipto de Salah al-Dîn. Tal fue y sigue siendo el significado del colonialismo, del imperialismo tradicional en los siglos XVIII y XIX y del imperialismo norteamericano hegemónico en nuestros días. Tal es fundamentalmente el significado del sionismo imperialista racista, expansionista y militarista, en nuestra zona, aquí y allá, durante todas nuestras vidas y nuestra época. Se afirma que el imperialismo, como categoría conceptual, se relaciona de la misma manera con las experiencias vitales de sociedades y naciones, como por ejemplo Vietnam, Mozambique, Chile y Brasil. Sin duda alguna así es, pero sólo conceptualmente. Lo que está en juego es la lectura de la historia de la transformación del mundo, desde el ascenso de Occidente hacia su hegemonía en el siglo XV hasta nuestro tiempo, en sus macrodimensiones. Entonces, sin duda, sería más fácil comprender el significado del área de civilización árabe-islámica dentro de la dialéctica de las civilizaciones como un proceso dialéctico continuo de dimensiones históricas totalizadoras, tal vez como una de las más poderosas influencias formativas en la estructuración del equilibrio de poder durante los tiempos modernos.

La ubicación del problema árabe en la actualidad se da entonces tal como lo visualizó Muhammad Alí a principios del siglo XIX: ¿Cómo terminar con la decadencia? ¿Cómo

promover el renacimiento? Estos eran desafíos a los que él inevitablemente respondía: unificando los territorios de los árabes y del Islam alrededor de una nación-estado moderna, poderosa y progresista —como por ejemplo Egipto bajo su reinado— con el fin de obtener de esta manera las llaves de la legitimidad histórica (en aquel entonces, de la legitimidad histórica islámica).

Sólo de esta manera podía el área nacional-cultural árabe-islámica ser capaz de promover el renacimiento, enfrentando el ataque y el impacto de la penetración occidental que se produjo debido a los efectos combinados de la revolución industrial, de las revoluciones democrático-burguesas y de la alianza intachable de los modernos estados nacionales europeos. Frente al desafío del Egipto de Muhammad Alí, todas las potencias europeas, sin excepción, pasaron a formar parte de una coalición estratégica —después del fracaso de Napoleón— con el fin de arrinconar este naciente centro de poder mundial: el tratado de Londres en 1840; la destrucción de la flota egipcia en Navarino; el ultimátum a los ejércitos egipcios en Konieh-yen Nacin —a las puertas de Estambul—, tales fueron, uno tras otro, los pasos que destruyeron a Egipto en 1840, con lo que se pudo fácilmente disponer de los territorios árabes e islámicos, que entonces estaban unidos dentro del frágil marco del decadente Imperio Otomano.

“El inicio de las etapas contemporáneas de la historia internacional” se expresó entonces en contra del ascendiente poder de la nación árabe: sesenta años antes de la intervención colectiva de las potencias europeas en contra del levantamiento de los Boxers en China, en el año de 1900.

Aproximadamente un siglo después, Egipto volvía a romper una vez más las cadenas de la dependencia: la revolución nacional, conducida por Yamāl Abd al-Nasser, del 23 de julio de 1952 al 28 de septiembre de 1970, se convirtió en un foco para la extirpación a fondo del imperialismo, de Egipto y de la mayoría de países árabes; la iniciación de la primera unidad árabe y la reorientación del

movimiento nacional árabe hacia el socialismo, dentro del marco del gran proyecto internacional de Nasser —es decir, reencausando el curso internacional de Egipto y de las naciones árabes en dirección al Oriente y a sus tres círculos de identidad (árabe, africano e islámico)— y de los movimientos de solidaridad afroasiática, impulsados en Bandung por Chou En-lai, Nehru y Sukarno en 1954, hacia la Tricontinental. Esta poderosa e inmensamente contradictoria irrupción de Egipto y de la nación árabe tuvo lugar durante los peligrosos días de la Guerra Fría y habría de continuar hasta el principio de la segunda etapa —la de la “coexistencia pacífica”— de las relaciones pos-Yalta entre ambas superpotencias. Esto solamente podía significar que no había que esperar mucha simpatía de los cuarteles internacionales, sino por el contrario agresiones constantes: las guerras de 1948 y la de 1956, y más aún la de 1967, habrían de jugar el mismo papel que las operaciones político-militares de 1830-1840 en contra de Muhammad Alí, y fue gracias a la revitalización de los dinámicos potenciales nacionales de los árabes y particularmente a la revolución argelina —a la que sucedieron las secuelas de la guerra del Yemen y del surgimiento de la resistencia palestina— que el arrinconamiento y la destrucción del Egipto de Nasser no tuvieron efecto durante los negros días de junio de 1967 —cuando el pueblo egipcio se levantó como una nación, como una “Casa de Carne” (Yusuf Idris), para preservar al *Ra'is*.

Tal fue el ambiente psicológico que condujo a importantes sectores de la intelectualidad y de la opinión pública a aceptar y comprender la problemática del movimiento nacional árabe en términos viciados. En lugar de comprender que nuestros tiempos constituían la etapa contemporánea de la confrontación entre las civilizaciones de Oriente y Occidente —que adoptaba entonces la forma de la nación árabe *versus* el estado sionista— optaron por la interpretación ideológica del problema, empezando por etiquetar el conflicto árabe-sionista como la “cuestión del Medio Oriente” o el “conflicto del Medio Oriente”, llegando al punto

de centrar míticamente dicho conflicto regional alrededor de un factor denominado la "revolución" palestina —revolución y no liberación nacional o resistencia, como era el caso de Argelia o Vietnam, por ejemplo. De ahí en adelante, la puerta quedaba completamente abierta para volverse en contra de la negatividad del experimento egipcio,⁴ para dejar fuera de consideración el carácter central del movimiento árabe nacional de nuestro tiempo, para encuadrar el conflicto en una cuestión diplomática y guerrillera, que debía ser enfocada por los más promisorios canales de la diplomacia, del internacionalismo subjetivo y del genuino ideologismo emocional.

De este modo, un gran sector de la clase política árabe le dio preeminencia al aspecto ideológico del problema. De esta manera comenzó el proceso de ocultamiento de Egipto entre diversos sectores de la clase intelectual y política árabe. La implementación de este ocultamiento y de las consecuentes premisas objetivas se dieron entre nosotros mismos. Cuando Kissinger dijo: "estamos tratando de llegar a un arreglo en el Medio Oriente, de un modo tal que se fortalezcan los regímenes moderados y no los radicales", esto fue interpretado, según el enfoque ideológico, como una invitación para que los analistas árabes se pusieran a evaluar cuán "moderados" o "radicales" eran los diferentes regímenes árabes —la época de oro de la epistemología (qué significa el concepto de progresismo, qué es una nación, etc.), del análisis funcionalista cuantitativo (que combina el enfoque del PNB con el modo de producción, etc.); como si estuviéramos viviendo en la tierra de nadie y tuviésemos que ver nuestro proceso histórico a través de los prismas del ideologismo y del sionismo. Dada esta visión, se podría seguir adelante con las discusiones ideológicas acerca del grado de modernización *versus* el grado de radi-

⁴ Una investigación de la prensa ba'athista, de todas las corrientes desde 1952 hasta digamos 1973, será aleccionadora. Argelia por un lado, Túnez y Kuwait por el otro, aportan un clima interesante para valorar el período.

calismo del Egipto nasserista, computando su significado histórico en términos del "porcentaje" de variables progresistas o conservadoras halladas en el análisis llevado a cabo.

3. La segunda dimensión de este círculo exterior de la dialéctica social de nuestra nación árabe, reside en la estructuración y en la evolución compleja del sistema mundial a partir de Yalta. Aquí, nuevamente, el modelo histórico de grandes sectores de las élites políticas e intelectuales modernizantes y fundamentalmente occidentalizadas se estructuró —durante la etapa de la Segunda Guerra Mundial e inmediatamente después— según una imagen de la Unión Soviética que la convertía en la mayor potencia antifascista y en el elemento más progresista de la coalición aliada en contra del hitlerismo alemán y de sus cómplices. Esta situación objetiva dio mayor fuerza a la creencia de que la estrategia leninista —la alianza mundial entre los movimientos de la clase trabajadora en el Occidente y los movimientos de liberación nacional en el Oriente— conservaba toda su fuerza.

Pocos notaron o se preocuparon por valorar el hecho de que la partición de Palestina fue implementada a través de una proposición conjunta presentada ante la Asamblea General de la ONU por la Unión Soviética y Gran Bretaña, en diciembre de 1947. Grandes sectores de la izquierda progresista del mundo árabe —la mayoría de los partidos comunistas, lo cual condujo a una división en el movimiento comunista de Egipto— le dieron su propia justificación ingeniosa en la línea de las "realidades objetivas de la lucha internacionalista", que surgían al plantear las precondiciones de "reconocimiento de entidades nacionales duales", etc. Pocos, en aquel entonces, se daban cuenta de que esta adecuación simplista de los movimientos nacionales árabes progresistas y responsables a la política estatal de la Unión Soviética implicaba tanto una pérdida de *momentum* para el comunismo en la dirección de los procesos de liberación y de unidad nacional, como un proceso —ahora reconocido— debido al cual nuestros destacados miembros

de la izquierda árabe, sobre todo en el Egipto posterior a 1967, se convirtieron en los negociadores con el estado sionista *vía* mediadores muy conocidos en Europa Occidental.⁵ Pocos aceptaron reconsiderar sus análisis de la política mundial en esta coyuntura.

Sin embargo, era evidente que la creciente marea de conflictos y guerras, aunada a revoluciones sociales y nacionales, empezaba a golpear las regiones árabes y asiático-islámicas occidentales a partir de 1946 en adelante; grandiosas jornadas de éxitos inesperados, ímpetus perdidos, resurgimientos poderosos, la emergencia de la nueva combinatoria entre el Islam político y las tendencias activistas radicales y nacionales que habrían de convertirse en la cuna del nasserismo, en el corazón mismo de los destinos árabes de nuestros tiempos.

El sistema mundial que marcó en Yalta, en 1945, el clímax de la hegemonía occidental sobre el mundo estaba rápidamente entrando en una fase crucial de reconsideración. Frente al poder militar soviético y a la *realpolitik* de J. V. Stalin en la partición de facto de Europa y en la creación de un sistema de estados socialistas en derredor de Moscú, los Estados Unidos de América decidieron reconstruir Europa Occidental a través del Plan Marshall y consolidar, bajo su dirección, el frente de los estados capitalistas imperialistas ex coloniales de la Europa Occidental mediante el Pacto del Atlántico y sus organizaciones políticas y militares. Así comenzó la primera etapa posterior a Yalta; la etapa de la Guerra Fría, de 1947 hasta el con-

⁵ Cf. las secuencias repetidas en *Le Nouvel Observateur* y en la prensa sionista de izquierda, ahora confirmadas por una publicación reciente, y la ponzoñosa descalificación *a posteriori* de Josef Kraft "A divided opposition to Sadat", en *International Herald Tribune*, 11.4. 1979, p. 6. Una buena perspectiva sociohistórica es la que da Ghoneim, Ahmad Muḥammad y Abu Kaff, Ahmad, *Al-Yabūd wa'l-Harakab al-Sabyuniyyah fi Miṣr 1897-1947*, Cairo, 1969; en tanto que 'Abd al Wahāb al-Mesiri presenta una sofisticada visión árabe-egipcia de la acometida civilizacional en su notable *Mawṣū'at al-Mafāhim wa'l Mustalahāt al-Sabyuniyyah ru'yah naqdiyyah*, Cairo, 1975. Irónicamente, también existe actualmente hasta una versión árabe-sionista de la historia de la izquierda egipcia, de Al Sa'id, Rif'at, *Tārīkh al-Munazzamāt al-Yasūriyyah al-Miṣriyyah 1940-1950*, Cairo, 1976.

flicto de Suez en 1956; período que comprendió el surgimiento de la mayor revolución de la historia de China —impulsada por Mao Tse-tung y el comunismo nacional— la difícil guerra de Corea, la primera guerra de Vietnam, el surgimiento de revoluciones nacionales en Egipto, Siria e Irak, paralelas a la revolución de liberación nacional de Argelia y de la lejana Cuba que se libraba de la hegemonía norteamericana. La transición de la Guerra Fría a la Coexistencia Pacífica fue interpretada en el Occidente como el resultado de la estrategia política diseñada por Krushev y Breznev, destinada a alcanzar tan pronto como fuera posible el nivel de producción y consumo norteamericanos y a curar al mismo tiempo la terrible hemorragia de la gran guerra patriótica de liberación. Éste era un factor central, sin duda alguna. Sin embargo, fue más importante —y así se lo considera hoy— la emergencia a la contemporaneidad de los hasta entonces ocultos continentes de Asia y África —el Oriente— y más tarde, de América Latina, es decir, el resurgimiento de la civilización de Oriente, que aparejaba la liberación nacional con la revolución socialista y que tendía hacia un renacimiento de la propia civilización. Este poderosísimo ímpetu, que surgía alrededor de las áreas nucleares de China y Egipto, iba obligando gradualmente a ambos sectores del Occidente a ajustarse a las realidades, a bajar el nivel de la confrontación militar y política, para impedir que la proliferación de conflictos y tensiones crecientes —debidas precisamente al resurgimiento de Oriente— pudieran, inesperada pero objetivamente, conducir a una confrontación entre ambas superpotencias.

De esta manera, la Coexistencia Pacífica, como paso hacia la racionalidad política, le debe más —así lo sentimos— al impacto de los movimientos de liberación nacional —al ascenso del Oriente— que a un mero análisis político que tuviera por objetivo evitar la confrontación nuclear y readaptar las posiciones opuestas de ambas superpotencias dentro del marco de la limitación nuclear.

Gradualmente, sin embargo, los analistas comenzaron a

percibir que el mayor desafío al sistema hegemónico bipolar occidental de Yalta provenía de China. La decisión de la Unión Soviética de poner bajo control a Mao Tse-tung y a los líderes chinos, de obligar a China a seguir la senda del desarrollo soviético, condujo directamente a adoptar la serie de políticas que habrían de romper los últimos eslabones de la imitación y del sometimiento objetivos: tal es el significado del período del "Gran Salto Adelante", del período de las "Cien Flores" y de la primera etapa de la "Revolución Cultural". Tal es el significado de las "cuatro modernizaciones" de Chou En-lai. Pues hacer de China un país socialista moderno y poderoso para fines de este siglo, sólo podía significar el cambio estructural de todo el sistema de poder mundial, por primera vez desde el siglo xv, con la dinámica ayuda del Japón —el segundo país industrial y tecnológicamente más avanzado del sistema capitalista mundial— cambio que se encontraba en el centro mismo del tratado de paz y de amistad sino-japonés de agosto de 1978.

Muy anteriormente, el creciente poder de empuje del movimiento de unidad nacional árabe había estado sumamente cercano al logro del sueño de Salah al-Din, Muhammad Alí y Nasser, no solamente durante el corto período de vida de la República Árabe Unida, sino tal vez más aún en la secuela de los terribles días de la Guerra de Junio de 1967. Fue entonces cuando el presidente Nasser comenzó a reformular sus políticas unitarias árabes en términos confederativos, populistas y realistas, volviéndolos muchísimo más aceptables a la gran variedad de intereses, inclinaciones políticas y fuerzas del mundo árabe en su conjunto. Ahora conocemos, a partir de documentos muy detallados, la verdadera historia de las relaciones entre la Unión Soviética y la dirección de Nasser y los movimientos unitarios árabes de aquel tiempo, desde el período de la primera tentativa de unidad árabe hasta los cruciales días de la Guerra de Octubre de 1973. Esto muestra de manera implacable que la política estatal de la Unión Soviética aparentemente

no podía conciliarse de ninguna manera con la emergencia de un estado árabe avanzado, moderno, unificado y poderoso bajo el liderazgo de Egipto, en un área que consideraba crucial para su propia seguridad nacional. Pues un estado árabe progresista, unificado, moderno y poderoso alrededor de su capital, El Cairo, podría dirigir las lealtades emocionales y políticas de toda Afro-Asia; el área Islámica —que abarcaba desde Marruecos hasta las Filipinas y llegaba hasta las fronteras mismas de la Unión Soviética, la India y China, más allá de la extraordinariamente rica región petrolera de Arabia e Irán— podría turbar el frágil equilibrio de la detente bipolar debido a la emergencia de una nueva superpotencia.⁶ Había que utilizar cualquier medio para cercar este proceso, aunque en términos totalmente diferentes del imperialismo norteamericano. Cercar, no destruir. Cercar es decir, neutralizar; limitar la eficacia real de sus inmensos potenciales, permanecer siempre aliados con los sectores árabes radicales, pero sin darles nunca y bajo ningún pretexto los medios para emprender una acción significativa que pudiera cambiar el equilibrio de poder en el área. Cercar significaba también llevar a cabo acciones en la zona alrededor de esta área nuclear para asegurarse la neutralización de la región petrolera árabe-iraní después de Nasser —tal como sucedió con Afganistán, Etiopía y Mozambique y con los procesos que tienen lugar en Rodesia y en otros sectores de África. Un hábil paso adelante en la estrategia ofensiva global, que ayuda objetivamente y en muchos casos a causas progresistas y que frecuentemente crea terribles tensiones entre países frateros hasta el punto de dañar seriamente los intereses de algunos de ellos (Eritrea, los Somalis de Ogaden). Un

⁶ La historia completa, vuelta a relatar ahora con una documentación detalladamente investigada, en *Qissat al-Kbilāf f'il-Hizb al Shuyu 'i al-Surī*, Beirut, 1974: las memorias del secretario del Presidente Nasser, 'Abd al-Magid Farid, en *Al-Dustūr* de 1978-9; Mohammed, Hassanein Heikal, *Sphinx and Commissar: the rise and fall of Soviet influence in the Middle East*, Londres, 1978; las memorias del Te.Gen. Sa'd Eddin al Shazli, *Harb Oktober 73*, capítulo 5, sección 4, inciso 14, "Ayna akhta'at Moscow wa ayna asabat?" *Al-Watan al 'Arabī*, 6.4. 1979, pp. 46-9: etc.

proceso de dimensiones mundiales, sostenido y hecho posible mediante el control de los océanos por la poderosa flota soviética, dirigido e implementado por el Almirante Grochokov con la ayuda y la inspiración de todos los líderes soviéticos, desde Stalin a Breznev.⁷

Para la nación árabe, tal situación estaba llena de peligros, tanto más cuanto que el ascenso al poder —después de Watergate— de los aparatos de la nueva Guerra Fría y del sionismo —la nueva presidencia norteamericana alrededor de la Comisión Trilateral y Brezinszki— significaba que los días de las detente se desvanecerían poco a poco, aun cuando la firma del Salt II parecía ser inevitable por razones estratégicas. Un nuevo período de confrontaciones —por el momento, de tipo político— emergía rápidamente. ¿Tal vez una nueva etapa del período post-Yalta? La situación se hizo extremadamente peligrosa para los movimientos nacionales árabes en todas partes y pronto se hizo vitalmente intolerable debido a la explosión y al cataclismo desatado por la revolución iraní, al desmantelamiento de los aparadores de cristal, de la pieza de muestra de la artificial y occidentalizada modernización compradora; el ascenso al poder del Islam político⁸ en el segundo país pro-

⁷ Cf. la obra crucial del Almirante Sergei Goshkov, *The World-Ocean*, Londres, 1978, a la altura de la de Clausewitz. Hechos de la historia más inmediata elegidos al azar: "la adición del (porta-aviones) 'Minsk' y sus barcos acompañantes, incrementa la fuerza naval soviética en el Océano Índico, cuando menos temporalmente, a 24 naves. La marina de los Estados Unidos, que ha mantenido una fuerza naval en el área del Océano Índico-Mar de Arabia desde noviembre, tiene ahora alrededor de 11 barcos allí. El poder del "Constellation" (porta-aviones de la marina norteamericana) reside en sus aproximadamente ochenta aviones de combate F-14 y sus bombarderos A-7 y A-6. El 'Minsk' y el 'Kiev' están armados con una combinación de armas mucho más versátiles que las de los cargueros norteamericanos, incluyendo proyectiles de largo alcance contra barcos. Los cargueros soviéticos también fungen como barcos-madre para los yets Yak que pueden aterrizar y despegar verticalmente" *Int. Herald Tribune*, 13, 4, 79.

⁸ Hemos tratado de encontrar una definición de esta noción en nuestra "Introduction a la Pensée Arabe Contemporaine", en *Anthologie de la Littérature Arabe Contemporaine*, París, 1965 (la versión editada de nuestra tesis doctoral de sociología); luego *La Pensée Politique Arabe Contemporaine*, París, 1970, y más adelante, especialmente en "Islam et Mar-

ductor de petróleo, que era una de las tres más antiguas naciones de la historia, junto con China y Egipto. Las condiciones estaban maduras para alcanzar la situación ideal en la cual el estado sionista, imperialista y racista, pudiera golpear y afirmar su hegemonía sobre la nación árabe. Por un lado, los Estados Unidos y la estratégica y global contraofensiva civilizadora de Occidente en contra del resurgimiento del área petrolera islámica después de la Guerra de Octubre. Por otro lado, la decisión soviética de ganar tiempo, de evitar la confrontación en esa encrucijada y al mismo tiempo de mantener una política de acorralamiento y contención que le daba a la Unión Soviética una ventaja estratégica a largo plazo, pero que creaba un cúmulo de nuevos problemas de dimensiones no previstas. El mundo estaba en juego, a la vista de todos. La llave de la guerra y la paz no estaba —como el enfoque ideológico lo pretendía— en los choques armados en el Sudeste Asiático o en la intrusión cubana en África o en el descubrimiento de petróleo en México o en cualquier otro lugar. Estaba, y lo seguirá estando por un muy largo período todavía, en el mismo sitio donde siempre estuvo en los tiempos en que la dialéctica de las civilizaciones llegó al nivel de las confrontaciones: en el área árabe-islámica, el enlace entre Oriente y Occidente, el punto nodal de los tres continentes: Europa, Asia y África, escenario para las decisiones de las principales potencias y *weltanschauungs* de la historia.

Los muy esquemáticos elementos analíticos que he dado pueden contribuir a responder preguntas básicas que giran alrededor del interrogante central: ¿Por qué sucedió? ¿Por qué se dio un 26 de marzo de 1979? ¿Por qué aceptó Egipto aislarse por algún tiempo de su marco propio, la nación árabe?⁹ ¿Por qué pudo tener lugar el ocultamiento de Egipto

xisme", en *I Problemi di Ulisse: L'Islam*, Vol. XIV, julio 1977, 114-22; "Political Islam Positions" Third Round Table Socialism in the World, Cavtat, 1978, 16 págs. en prensa: "Al-Madd al-Islāmī houwa al-Radd al-'Arabi", en *Al-Nabhar Arabe et International*, 15.2.1979, pp. 5-6.

⁹ De particular importancia a este respecto es nuestra definición de la "nación de niveles gemelos" (*la nation a double palier*), en "Introduc-

to, su desplazamiento del centro mismo de las decisiones en el corazón de la nación árabe?

Esta es una exploración amplia y general de los círculos exteriores, pero de ninguna manera es la respuesta a la cuestión, la explicación adecuada de la tragedia histórica que estamos presenciando.

Dialéctica social: el círculo interno, una vez más Ibn Jaldun

El segundo nivel de nuestra búsqueda —¿por qué pudo darse este ocultamiento?— nos conduce hacia los siguientes factores que se hallan orgánicamente vinculados con los factores indicados en la primera sección.

4. La comprensión de la forzada división impuesta al estado y la sociedad egipcia después de 1970 es fundamental para nuestro análisis. Un estudio comparativo secuencial de los diferentes moldes de producción y de poder estatal en la sociedad egipcia, desde su nacimiento hasta la muerte del presidente Nasser, muestra una notable continuidad en la especificidad de las interrelaciones entre estado y sociedad. Egipto, la más compacta de las sociedades hidráulicas, engendró al más antiguo estado centralizado de la historia de la humanidad, con una historia continua de alrededor de, digamos, setenta siglos, por no decir nada de los siglos precedentes que ahora empiezan a ser gradualmente tomados en cuenta. La unidad combinada del control del agua, el control del poder por medio de un ejército nacional y el control ideológico-teológico del panteón le dio al Estado Egipcio un extraordinario peso en los procesos sociales, planteándole a los analistas egipcios una interrogante permanente acerca de si su propia historia debe ser vista como una maldición o como una promesa.

A través de su historia, el estado, timón de la sociedad egipcia, basó su poder en el valor excedente proveniente

tion a la pensée politique arabe contemporaine", supra 23-5; *Dirāsāt fī-Thaqāfah al-Wataniyyah*, Beirut, 1967; *Al-Fikr al-Arabī fī Ma'rakat al-Nahḍah*, Beirut, 1975.

del control y uso de las aguas del Nilo, a través de la irrigación, el drenaje, la construcción de represas y la distribución de la producción de alimentos, la reproducción humana y el bienestar. Esta estructuración específica de la base material objetiva del poder estatal egipcio le dio una continuidad casi única como estado nacional, como el Estado de la Nación, ya fuera bajo la hegemonía de las clases dirigentes y los grupos de poder del país, alrededor de la tríada formada por los terratenientes-jefes del ejército, por los líderes religiosos e ideológicos. Para mal y para bien, debería reconocerse —en aras de la preservación de Egipto como nación— que el Estado Nacional identificaba los restrictivos intereses de clase de sus dirigentes con los de la existencia de toda la nación: tal es la historia —entre otras— del ejército egipcio desde Seknen Ra' hasta Abd al Mon'em Riyad y Saad Eddín Shazli; del estado egipcio en el centro de su campo de influencia, desde Ramses y Tothmosis hasta Yamāl Abd al-Nasser; de los ingenieros, de los expertos hidráulicos, los matemáticos, y de la gran tradición médica, desde los tiempos de las pirámides a Qasr al-'Aini; de la importancia de los líderes religiosos y de los más destacados intelectuales en la vida política nacional hasta el día de hoy.

Mientras esta pirámide interconstruida mantuvo su cohesión sobre la base de una economía nacional unificada, muy poco o nada pudo realmente hacerse desde dentro.

Por lo tanto, la estratégica y global contraofensiva civilizadora del imperialismo y del sionismo intentó desintegrar esta unidad monolítica, a través de un ataque combinado en dos sentidos principales:

a) El primero y más importante, los ingresos del petróleo, los petrodólares, que fueron usados masiva y objetivamente para crear un sector paralelo al de la tradicional economía nacional egipcia, nucleado alrededor del sector público nasserista; un sector nuevo de considerables recursos y riqueza (en el que una secretaria bilingüe ganaba el mismo salario que un ministro del gabinete), lo cual condujo

gradualmente a la creación de una *economía compradora paralela*, desde la base hasta la cima, una pirámida invertida que fue utilizada con el fin de debilitar la economía nacional, para corromper a sus cuadros que se vieron atraídos por los increíbles privilegios que se ponían a sus pies, con el fin de desmoralizar a la milenaria burocracia egipcia, tan genuinamente preocupada por el mantenimiento de Egipto, de su independencia y su soberanía, como lo testimonia su resistencia a la política de la así llamada "*infirāh*" —en pocas palabras, con el fin de provocar una hemorragia interna, que demostraría ser sumamente peligrosa en esa coyuntura.

b) Esto vino a aunarse al empobrecimiento de Egipto, especialmente después de las cuatro guerras y de los inmensos esfuerzos impuestos a la única economía del mundo árabe carente de recursos petroleros —situación extraordinaria desde el punto de vista morfológico, si uno estudia cuidadosamente el mapa petrolero desde Marruecos Oriental hasta Irán, que muestra un vacío inexplicable de Sullum a Suez. En ese momento, debido a la decisión de entrar a la guerra, el 6 de octubre de 1973, de Egipto y Siria —los dos estados árabes privados de petróleo—, el petróleo se convirtió en un arma, habiendo sido con anterioridad un simple recurso importante, que se hallaba en las profundidades de la tierra, por el cual se mendigaban precios miserables hasta las 13.59 horas del sábado 6 de octubre de 1973... La hemorragia interna se aunó a la inmigración masiva de cientos de miles de los mejores cuadros de la sociedad egipcia —desde ingenieros de primera y médicos hasta los mejores artesanos— ansiosos de defenderse de la mortal inflación interna y de asegurar, después de años de trabajo en el extranjero, un modesto apartamento a sus familias y a sus hijos.

Porque el propósito era inconmovible: nunca jamás, nunca jamás volver a permitir otra Guerra de Octubre, nunca jamás permitir la reconstitución de la sagrada unidad del Frente Nacional Unido alrededor de las masas populares y

del ejército nacional. Día tras día, como lo señalan todos los testimonios, los problemas de la existencia cotidiana de hombres y mujeres se fueron volviendo gradualmente intolerables. El transporte, las comunicaciones, los teléfonos, el sistema de drenaje, aunados muchas veces a las dificultades en el abastecimiento de alimentos —que eran accesibles a los sectores pobres gracias sólo a subsidios gubernamentales masivos—, convergieron para hacerle la vida intolerable a la inmensa mayoría de la sociedad egipcia, con la única excepción de la sociedad compradora paralela. Día tras días, la doble hemorragia produjo gran malestar entre amplios sectores del público. Una hábil propaganda que mostraba los abusos que cometían los millonarios árabes con los recursos petroleros y que ocultaba la ayuda masiva brindada a Egipto por sus hermanos árabes empezó a tener hirientes efectos.

De esta manera, se sentaron las bases para impulsar políticas que buscaban un arreglo separado con el estado sionista, el sueño de la conducción compradora egipcia, la cual comprendía —mejor que la burguesía nacional y las fuerzas populares, tanto islámicas como socialistas— las implicaciones de la *détente*. Porque, si la Unión Soviética quería recibir alguna vez la avanzada tecnología americana en el campo de la computación, sólo podría hacerlo venciendo el veto del aparato sionista que ejercía su control en el corazón mismo del Congreso Americano. De lo cual se puede concluir lógicamente que en esa etapa de la historia no debía esperarse ninguna intervención directa de la Unión Soviética y que la única manera de alcanzar el milagro americano era someterse al imperialismo sionista, no como agente e instrumento del imperialismo norteamericano, sino como una de las emergentes fuerzas en conflicto dentro del frente mundial del imperialismo occidental, tendiente a la conformación de una dirección central en su propio beneficio. Una paz por separado podría, a la vez, traer un respiro a las maltratadas masas egipcias —a quienes se les arrulló para convencerlas de que pronto tendrían “pollo

para el desayuno”—, sería ampliamente aplaudida por la opinión pública occidental y permitiría que el grupo acomodado accediera al compradorismo mixto, participando plenamente en el club de “los que tienen” —a expensas del aislamiento de Egipto de su propio molde nacional.

5. La experiencia del primer intento de proporcionar un marco unificado a la nación árabe ha jugado —y lo sigue haciendo en las profundidades— un papel poderoso en los procesos actuales y en los efectos que desencadenan. El llamado a la unidad árabe no era específicamente, es decir, formalmente, egipcio. Fue sin duda alguna de Wafd el que impulsó la Liga de los Estados Árabes en 1945 y encausó las orientaciones del poderoso liderazgo pro-árabe del grupo Misr, nucleado alrededor de Tal'at Harb. Pero el llamado a la unidad árabe siguió siendo el privilegio de los líderes nacionales del Oriente Árabe, esencialmente del partido Baath y de Siria.

El enfoque nasserista de la unidad árabe fue desde un principio civilizador y estratégico, más que inmediatamente institucional. En su *Filosofía de la Revolución* Nasser definió el círculo árabe como el primero de los tres círculos de la identidad egipcia y del proyecto nacional egipcio. De la misma manera, prestó un poderoso y directo apoyo a las fuerzas antimperialistas que actuaban en diversas partes del mundo árabe —fundamentalmente en Argelia y el Yemen— a un costo muy alto sin duda: la guerra del Canal de Suez de 1956 fue una represalia contra la política de Nasser hacia Argelia. Al mismo tiempo la destrucción del feudalismo en el Yemen costó la vida a 26 000 egipcios, caídos en severas batallas a la entrada de Bab el Mandab, garantizando de esa manera que el Mar Rojo se mantuviera seguro y amistoso durante la Guerra de Octubre. En 1958, cobró fuerzas el liderazgo nacional sirio-árabe, y el presidente Nasser, contando con un apoyo masivo en Egipto, accedió a la creación de la República Árabe Unida, en la que Egipto —por primera vez en su historia— perdió su propio nombre para convertirse en la “provincia sur” de la

RAU. Aunque la iniciativa no era suya, ningún estado unificado, de acuerdo con la específica tradición política egipcia, podía o habría de funcionar en el relajado estilo regionalista de los regímenes ideológicos. El autocrático aparato estatal de Egipto actuó en Siria exactamente de la misma manera como lo hizo en aquel tiempo en Egipto, creando dificultades y la oposición inevitable de las diferentes facciones. Las características más notables de este período, el del primer estado árabe unido de la historia moderna, es que casi todas las facciones del espectro político árabe estaban en contra del estado centralizado dirigido por Egipto, pero al mismo tiempo clamaban decididamente por una dirección egipcia para este primer estado árabe unido...

El colapso de la RAU, hizo que Nasser entendiera que su primer acercamiento, realista y pragmático, era mucho más adecuado a las realidades políticas de nuestro tiempo, tal como lo planteaban los análisis de los comunistas egipcios en aquel entonces. Su autocrítica de octubre de 1961, significó que Egipto había optado por una forma más flexible de unidad árabe, tal vez una posible confederación, que tomase muy en cuenta las especificidades y mantuviese, no obstante, un fuerte control centralizado de las cuestiones políticas externas e internas así como de las fuerzas armadas. Era obvio en esta coyuntura que la reticencia, y por momentos la oposición, de corrientes políticas minoritarias en Egipto respecto del crescendo de la unidad árabe actuaría por sí misma en contra de la problemática de la unidad árabe. Al hacer esto, esos grupos minoritarios podían argüir acerca de los sacrificios que hacían Egipto y su presidente, líder indiscutido de la nación árabe y descollante figura de este siglo, al enfrentar desacuerdos, conspiraciones y contraconspiraciones, manipulaciones ideológicas, diferencias regionales que eran ajenas al concepto mismo del Estado Árabe unificado. Después de todo, ni la moderna Italia ni Alemania se unificaron por medio de una serie de compromisos entre las diferentes facciones ideológicas, regiones y subregiones en conflicto; ni tampoco, aunque en

época muy anterior, fue ése el caso de Francia e Inglaterra. La unidad implicaba un liderazgo político fuerte y unificador, y a Egipto se le demandaba que cumpliera con ese papel. Fue inmensamente difícil para amplios sectores de la población aceptar la creciente ola de críticas en contra de la hegemonía egipcia. Por qué no, entonces, hacer el inventario de la realidad, y explorar en el interior de la tierra egipcia: el crisol.

En una medida mayor que la imaginada, las facciones ideológicas árabes y las fuerzas regionales centrífugas abrieron el camino hacia un distanciamiento entre Egipto y el círculo inmediato de la nación árabe. Sin duda, la Guerra de Octubre de 1973 jugó un papel importante en la recuperación del *ethos* y del espíritu de unidad, durante la guerra misma y durante sus secuelas, cuando los países árabes ricos en petróleo se movilizaron para apoyar a Egipto y a Siria y ejercieron una presión petrolera en contra de la hegemonía occidental. Sin embargo, todas las heridas habrían de sangrar de nuevo muy pronto: desde las primeras horas del 6 de octubre de 1976, las imprecaciones, las críticas, los desafíos y las acusaciones fueron arrojadas en la cara de Egipto, como si todo el proceso no fuera sino un plan organizado. Una vez más, las fuerzas centrífugas sólo pudieron confortar a las tendencias más tímidas, prudentes y conservadoras de Egipto hacia un nuevo aislamiento. El significado de este contraproducente proceso no fue evidente a primera vista. Sin embargo, los observadores pudieron detectar un proceso equivalente en la época de Ibn Jaldun. En aquel entonces, durante el fatídico siglo xv, el poder político pasó de la terrífica dinastía militar de Marruecos a las manos de los grupos periféricos de la región este del Magreb, de Túnez, frente a Europa, los cuales eran más abiertos, divididos y debilitados. Tal fue el escenario histórico en el que se dio el debilitamiento de la unidad nacional, de la famosa *asabiyya*, lo cual hizo imposible en aquel tiempo la existencia de una dirección estatal poderosa, de acuerdo con la visión de Ibn Jaldun. Él decidió, por tanto,

emigrar a Egipto, donde pasó veintiséis años escribiendo su sobresaliente obra de filosofía de la historia, por la cual es considerado padre fundador de la historia y de la ciencia social. Siglos después y por segunda vez —después de Muhammad Alí en 1840— fuerzas periféricas, centrífugas que tomaron la forma de los inmensamente ricos agrupamientos nómadas y sedentarios alrededor del Golfo le denegaron al poder estatal y a su principal sede, Egipto, el papel que le correspondía en la estructuración de una nación árabe unida. ¿Cómo podía obtenerse el poder estatal, dónde debía obtenerse, si tales fuerzas podían ser organizadas, en muchos casos, para permitir la creación de un sector comprador paralelo dentro de la economía y de la sociedad egipcia, mediante las manipulaciones del Occidente? Ninguna unidad árabe podía lograrse en ese momento, en la medida en que al único núcleo que podía conducir la unificación se le negaban los medios objetivos para alcanzar su legitimidad histórica, la cual reclamaban para sí, en primer lugar, los países árabes contiguos a Egipto. La escena estaba montada para la retirada.

El factor determinante hubiera entonces sido la emergencia de una dirección egipcia que quisiese y fuese capaz de definir las vías y los medios conducentes a nuevos modelos de unidad árabe, combinando el poder central agipcio y sus potenciales con los recursos petroleros recientemente descubiertos y con la dinámica total del Movimiento Árabe de Liberación Nacional después de octubre de 1973 y con la resistencia palestina. Esto no sucedió, debido a la puesta en escena global de la *détente* pero también por las características subjetivas de la dirección política postnasserista en Egipto, total e íntimamente reconciliada con el imperativo de convertirse en un socio menor dentro del modernizado mundo dependiente.

Ibn Jaldún, una vez más —durante el período de la *détente* y de los cambiantes patrones del poder mundial. Una situación cargada de peligro. Un desafío histórico que

sólo podía ser enfrentado a nivel de hombres de estado de la altura de Muhammad Alí y Yamāl Abd al-Nasser.

6. Entre los intelectuales liberales occidentalizados está de moda criticar la dirección de Nasser en términos de autocracia —cum— derechos humanos. Sin embargo la historia ha demostrado y demostrará que las debilidades del Egipto nasserista eran precisamente de naturaleza contraria.

Pues durante la última etapa de sus muy cortos dieciocho años como líder, la revolución egipcia, habiendo adoptado el socialismo científico en 1962 y puesto fin a la "guerra en la oscuridad" que había separado al núcleo nacional de sus aliados de la izquierda, emprendió en 1964 una política estatal orientada más radicalmente hacia el socialismo. La creación de una organización política en el seno de la Unión Árabe Socialista, reunió a funcionarios radicales, a progresistas nacionalistas y comunistas, sindicalistas y patriotas, por primera vez desde que se creó la organización secreta del Wafd en 1919-1923, eco de la coalición de Ajmad Arábi con el Partido Nacional en 1881-1882. Una política que rápidamente fue acompañada de una transformación radical de la reforma agraria, remodelada de acuerdo con las líneas de la organización cooperativa agraria, tanto en cuestiones de propiedad como de explotación de las extremadamente limitadas tierras agrícolas existentes en Egipto. Fue entonces y en ese preciso momento, es decir en 1966, que el estado sionista decidió emprender la guerra de junio de 1967 para destruir el naciente estado progresista en Egipto, al que el sionismo internacional veía como una amenaza para su política racista y expansionista en la región árabe.

El tiempo era corto, inmensamente corto. Ni siquiera un año. No hubo tiempo para construir estructuras, ya no digamos para conformar un frente extendido. Y una vez que fue lanzada la contraofensiva estratégica global, las instituciones y las tradiciones del nasserismo en Egipto no pudieron soportar las tormentas del momento —cuando menos por algún tiempo— y tuvieron que revertirse ya fue-

se hacia el exilio interno, la oposición importante, e incluso movilizarse aquí y allá para aceptar compromisos inevitables. Fue entonces, más que en cualquier otra ocasión, que los logros del proceso de radicalización de la Revolución Nacional Egipcia tuvieron que pagar un precio sumamente alto.

7. Si nos interesa hacer un análisis más detallado, debemos decir que dentro del círculo árabe interno de la dialéctica social, estaban en juego otros factores y fuerzas importantes. También las políticas internas de varios países árabes, tanto conservadores como radicales. Los repetidos intentos de poner en ridículo las iniciativas egipcias, de acorralar a Egipto para tratar de atrapar una dirección evasiva. La incorrecta utilización, en gran medida y por tiempo considerable, que se le dio a los recursos petroleros —entre 1952 y 1973— a pesar de la existencia en Egipto de una poderosa dirección árabe centripeta. Estos fueron los factores y las fuerzas principales que debilitaron inevitablemente la posición pro-árabe de grandes sectores de la opinión pública egipcia y de sus dirigentes. Este último punto parecía particularmente perturbador: la estructuración misma del proyecto nacional egipcio bajo Nasser era, precisamente, lograr que el petróleo periférico entrase en una estrecha interacción con la poderosa máquina estatal en el centro, con la mira de promover un renacimiento árabe unido. Sin embargo, una y otra vez, repetidamente, esto fue rechazado como hegemonismo, como sobrecentralización, autocracia impuesta y demás, como Mohammed Hasanein Heykal y Ajmed Baha' Eddin lo mostraron en sus textos de aquél tiempo.¹⁰ Para todos se hizo evidente que el objetivo de algunos sectores era restablecer la Sagrada Alianza, el Pacto de Defensa del Medio Oriente, la hegemonía del Creciente Fertil, en la época del Pacto de Bag-

¹⁰ Cf. textos clave de este período en nuestro *Pensée Politique Arabe Contemporaine*, supra. Una exposición lúcida y reciente se encuentra en Maj. Gen 'Adli Hassan Sa'id, *Al Amn al Jawmī al-'Arabi wa-Stratijiyyat Tab-qiqibi*, Cairo, 1977, frente a *Arab Strategies and Israel's Response*, de Yeshoshafat Harkabi, Nueva York, 1977.

dad y de su transformación en la CENOT. Cuando llegaron los tiempos de un verdadero acorralamiento, se presentó un cúmulo de protestas, quejas, resentimientos, a partir de los cuales podía argüirse que Egipto debía retroceder hacia el interior.

Tales fueron los factores que condujeron el 26 de marzo de 1979, hacia el rompimiento de la Unidad Árabe, gracias al ocultamiento de Egipto.

Estrategia civilizadora

Esta es la hora de proponer orientaciones fundamentales para una prospectiva árabe significativa en este período de transformación del mundo.

8. Central para esta perspectiva es la noción de que la planeación estratégica debe ser de una naturaleza fundamentalmente diferente a la usual planeación política de corto o mediano plazo, de naturaleza táctica o estratégica. Lo que necesitamos es desarrollar una visión árabe de la historia, derivada de nuestras especificidades culturales nacionales históricamente definidas y a partir de un nuevo entendimiento de la dinámica dialéctica de la transformación del mundo en nuestros tiempos —cuestión totalmente diferente de las paráfrasis de los diferentes conjuntos de los análisis hechos por los pensadores occidentales y sus epígonos.¹¹ El objetivo de esta estrategia civilizadora sería el de dar a la

¹¹ Cf. entre otros Edward Mortimer, "Making Zionism acceptable to Arabs" (sobre los méritos de M. Rodinson para recibir el Premio a la memoria de Isaac Deutscher recibido en 1974), en *The Times*, 2.1.1975. Mientras tanto, *The Times*, habiéndose atrevido a denunciar al jurado del Premio Nobel, pasó a su 'ocultamiento' debido a un conflicto de máquina —contra sindicato (sic), un caso extraordinario (sic) en Fleet Street, sin duda; en tanto que sus rivales (diarios y semanarios de izquierda) están dirigiendo una campaña de humo con el fin de santificar el 26 de marzo y ligar a los árabes con el asesinato de un miembro conservador de Whitehall el 31 de marzo de 1979, supuestamente cometido por el IRA. Sobre la verdadera naturaleza de la ofensiva política 'científica' neoporientalista, cf. el abundante cuerpo de literatura crítica de nuestro ensayo:

nación árabe una mayor profundidad de campo histórico, una perspectiva a mediano y largo alcance, una comprensión del espacio geopolítico en el que puede operar fructíferamente, una percepción del ritmo en el que tales potencialidades —objetivamente comprendidas— podrían conformar un amplio frente. Y, como resultado, una visión del futuro, en el que la nación árabe se empeñaría principalmente en cumplir las tareas de la inconclusa *Nahdah* del siglo XIX, aportando al mundo su propio proyecto de civilización. Y esto ocurriría en el momento en que se da una crisis profunda de los modelos civilizadores del productivismo, del consumismo, del *ethos* autodestructivo de las sociedades industriales avanzadas.

9. El análisis prospectivo de los círculos exteriores y de los parámetros externos, habrá de dirigirse prioritariamente a un conjunto de significativas interrogantes:

a) La diferenciación entre la crisis económica mundial de 1929-1932 y el actual descenso del ritmo del crecimiento económico, la así llamada "recesión", y su relevancia para los diferentes agrupamientos sociales y estructuras de poder de la Europa Occidental y Norteamericana y de la misma Europa Occidental, en los diversos Estados nacionales.

b) La evolución dialéctica de la sociedad soviética y del poder soviético al final de este siglo y sus diferentes vías prospectivas: la transformación estructural de su demografía en favor de las repúblicas asiático-islámicas, de Asia Central y Siberia; el ascenso al poder e influencia de la nueva generación de cuadros altamente calificados en el momento de una política soviética global y de la *détente*: la interacción entre las contradicciones básicas inherentes a la situación de ventaja estratégica por un lado y el persistentemente decreciente ritmo de crecimiento económico —comparado con el de los Estados Unidos— por otra parte; la manera de analizar, comprender y enfrentar los desa-

"L'Orientalisme en crise"; en *Diogenes*, no. 44, 1963, pp. 109-42, hasta la gran obra de Edward Saïd, *Orientalism*, New York & Londres, 1978.

fíos fundamentales impuestos por la creación de un tercer centro de poder e influencia mundial con China: la actitud y las relaciones con el Islam político en Afro-Asia, entre otros.

c) El curso prospectivo de la cristalización de un tercer centro de poder e influencia mundial en China, esencialmente en su alianza con el Japón, en el corazón mismo de Asia, con los factores convergentes y divergentes de Corea, Vietnam, India y el Sudeste Asiático. De particular importancia en este campo será la prospección de la problemática de las interrelaciones entre el petróleo árabe-iraní por una parte, y las necesidades vitales del Japón —como principal agente modernizador de China— en relación con este petróleo, elemento muy poco utilizado todavía en las áreas árabes e islámicas.

d) La evolución de Europa —tanto Occidental como Oriental— y, particularmente, los prospectos de una no muy remota reunificación alemana, bajo la forma de una confederación alemana, que crearía un formidable centro de poder económico en el centro mismo de Europa, estrechamente ligado con la Unión Soviética vía la *ostpolitik*. Los escenarios prospectivos deben estudiarse en su relación con los posibles cursos futuros de Gran Bretaña, Francia, Alemania, Italia y otras regiones.

e) La emergencia del Africa subsahariana, ya sea en relación con el petróleo, la tecnología y las alianzas políticas árabes, o a través de la creación de situaciones de desequilibrio y racismo en África del Sur, en alianza estratégica con el estado sionista, situación sumamente peligrosa para la paz mundial, no digamos ya para la nación árabe y las áreas islámicas.

f) Las crecientes potencialidades de América Latina, especialmente del Brasil, así como la riqueza petrolera de México, disponible para el círculo de los Estados Unidos y, por lo tanto, con menores posibilidades de ser utilizada políticamente. La dimensión brasileña representa un vínculo significativo con el Continente Africano y puede tener

grandes posibilidades de desarrollar el campo industrial, el científico-tecnológico y el atómico, junto con la profundidad de su geografía que hacen de él un contrincante a considerar en la lucha por la posición de la mayor potencia mundial en los próximos diez años y por lo tanto una nueva e importante influencia en el conflicto árabe-sionista.

g) El problema del control de los mares y océanos, de las gigantescas reservas de recursos alimenticios y la importancia del poderío marítimo que puede abrirse o estrangularse; las vías marítimas de comunicación, los enlaces, la transportación del petróleo de/hacia el área geopolítica pivotal árabe-islámica.

9. Estos últimos temas ('e', 'f', 'g') están directamente relacionados con la dimensión del papel nacional árabe en el seno de las luchas antimperialistas de nuestro siglo, a través de los movimientos de solidaridad afroasiáticos y de la Tricontinental, en la gran tradición de Bandung, que ahora toma la forma del grupo de países No-Alineados. En muchas regiones toma, no obstante, una postura mucho más activista, exactamente como en los tiempos del efectivo neutralismo del Egipto de Nasser.

10. El principal instrumento para lograr una estrategia civilizadora árabe es el *Frente Unido Nacional como estrategia histórica*, la combinatoria óptima para la movilización de las potencialidades nacionales en cada estado-nación, dentro del marco más amplio de la nación árabe. Para citar nuestra formulación de 1977:¹²

A. LA ESTRUCTURACIÓN DEL FRENTE UNIDO: LAS DOS DIMENSIONES

1. El problema de la estructuración del Frente Unido sería entonces significativamente distinto de la hasta ahora prevaeciente práctica de prácticas. Y esta diferencia residiría en dos áreas:

¹² "The United Front as Historical Strategy —positions", en *Socialism in the World*, no. 7, pp. 59-74.

- a) El área de la estructuración del FU en sí mismo;
- b) El área de durabilidad del FU, es decir, si es un problema de táctica política, de estrategia política o un problema más amplio.

Intentaremos tratar en primer lugar la primera dimensión, es decir, la estructuración del Frente Unido.

Nuestra apreciación es que la estructura interna óptima del FU consiste en combinar dos grupos o niveles distintos de factores constitutivos, de la manera que describimos:

2. El primer grupo, más tradicional, de factores constitutivos —de los que puede decirse que formarán el FU en un primer nivel, es el que prevalece en todos los frentes impulsados por las fuerzas de transformación y socialistas, además de por todas las otras fuerzas políticas. Esto se da a partir del hecho de que el cuerpo político, que es expresión de la diferenciación de cualquier formación social, está compuesto de diferentes grupos: clases sociales, grupos sociales, subgrupos y sectores, grupos profesionales y políticos, etc. —incluidos los partidos políticos, las organizaciones sindicales y las profesionales, las cooperativas, las organizaciones de movilización masivas y populares, etc. Aquí no habría ningún problema de particular relevancia para nuestro análisis, en el nivel de la estructuración en sí misma. Los problemas aparecerán cuando discutamos la durabilidad del Frente Unido, es decir, si debe entenderse como algo táctico, político o —como aquí lo *asumimos*— una estrategia histórica.

3. El segundo grupo de factores estructurantes, que conformaría el segundo nivel del FU es de una naturaleza mucho más sutil, más oculta, podría decirse que es la parte no visible del *iceberg*. Este es el grupo de factores que se encuentra más allá de la superficie política evidente del activismo y que está fundado en las raíces históricas de esa continuidad social que opera en la unidad a la cual nos hemos referido como la única significativa para la dialéctica social una vez que entramos a la era de la globalización del mundo; es decir, las naciones y las regiones nacio-

nales-culturales del mundo. Ya hemos explicado la manera en que los factores de continuidad social que operan en las naciones y las áreas nacionales-culturales, están íntimamente ligados al rededor del poder político-cum-cultural nacional como eje de continuidad social a través de los siglos, a través de la sucesión de diversos modos de producción, de sistemas sociopolíticos e ideológicos. Es un hecho de la vida, así como un hecho de la política y la historia, que en las naciones y las áreas nacionales-culturales con significación en el mundo, se observan importantes corrientes de pensamiento y acción, "les grandes familles spirituelles" como los franceses lo han dicho tan excelentemente, que constituyen las visiones estructuradoras básicas del pensamiento y la sensibilidad nacional, continuamente expresadas en el dominio de la acción política, en las que los diferentes grupos humanos —sociales y étnicos— que han llegado a convertirse en una nación específica han aceptado unir sus destinos, elaborando esta unidad social altamente compleja que ha llegado a ser conocida bajo el nombre de nación.

Este segundo grupo o nivel del Frente Unido se conformará entonces con las formaciones y epígonos representativos de estas tendencias intelectuales fundamentales de la tradición nacional-cultural. Por ejemplo, si analizamos de cerca los movimientos socialistas de un gran número de naciones del Oriente, tanto en el pasado como en la actualidad, hallaremos que pueden ciertamente dividirse en más conservadoras o más radicales, en sectores más dispuestos al compromiso o sectores de orientación más revolucionaria. Pero también nos encontraremos con que en el fondo de estas divisiones existe una división fundamental entre grupos pertenecientes a diferentes tradiciones nacionales-culturales: algunos grupos se vincularán con los sectores occidentalizados, modernizantes, de las tendencias intelectuales de la vida nacional-cultural de un determinado país; mientras que otros grupos estarán más arraigados a la tra-

dición nacional autóctona. De este modo, habrá modernizantes en la izquierda pero también habrá tradicionalistas.

El mismo tipo de división lo encontraremos en las fuerzas reaccionarias de la derecha. Tendremos que aceptar que, en países con una tradición cristiana, habrá importantes grupos entre las fuerzas del socialismo que están y estarán por largo tiempo inspirados por la filosofía cristiana, su teología y su ética social, como lo podemos observar en Italia, España, Francia, Alemania, América Latina, etc. Al mismo tiempo, nos toparemos con el mismo fenómeno en países de civilización islámica en Asia y en Africa. Lo mismo se da con el budismo en el Continente Asiático. Los tradicionalistas y modernizantes de todos los credos, en la medida en que se encuentran genuinamente arraigados y conforman la tradición cultural-nacional, tienen algo que decir en este segundo nivel formativo de la estructuración del Frente Unido.

Una vez más, hemos de enfatizar que este segundo nivel se propone como consideración central en nuestro análisis, dado el preciso momento de la realidad objetiva, la dialéctica social de nuestro tiempo, y por un análisis epistemológico. Esto es, a través del análisis del funcionamiento real de los sistemas sociopolíticos y por una exégesis de las enseñanzas socialistas del siglo XIX en Occidente.

4. Es importante, en este respecto, comprender que la combinación de estos dos conjuntos de fuerzas estructuradoras evidenciarán un complejo juego de fuerzas, influencias e interrelaciones recíprocas entre los diferentes componentes de cada uno de estos dos factores y niveles. Éste es el tipo de interacción dialéctica que debemos de comprender para poder vivir. Porque aquí, la contradicción dialéctica es, por naturaleza, no-antagónica; no conduce a un divisionismo maniqueo y centrífugo sino a una complementariedad dialéctica tanto en el pensamiento como en la acción.

Al recorrer esta trama, sumamente compleja, de la dialéctica social dentro del FU debemos reconocer que en la

así llamada "izquierda", como en la así llamada "derecha", nos enfrentamos con dos grandes fuerzas que habrán de constituir la diferencia y la contradicción fundamental en cada uno de ambos campos:

a) La primera fuerza puede y debe denominarse la fuerza del conservadurismo, sea que se presente bajo la bandera reduccionista de la modernización y de la conformidad con la así llamada revolución científico-técnica, o que se proponga simplemente mantener las viejas tradiciones.

b) Por otra parte, encontramos las fuerzas radicales, las fuerzas de *radicalización*, que siempre tratan de escarbar en las raíces de la dialéctica social y proponer políticas radicales capaces de reestructurar el impacto de estas mismas raíces sobre la vida política.

5. El eslabón entre estos dos grupos formativos de factores dialécticamente convergentes está en el ejército, hecho evidente tanto en las naciones viejas como en los nuevos estados nacionales. Mientras que la amplia mayoría de los cuerpos de oficiales refleja de manera bastante natural el equilibrio de poder sociopolítico existente en cualquier país y está preocupado sobre todo por mantener tanto el orden de la sociedad como su independencia frente a las hegemonías externas, se vuelve cada vez más claro que las fuerzas armadas están gradualmente adquiriendo, al mismo tiempo, un papel más importante en lo económico y lo científico-tecnológico y también una creciente autonomía política, hasta el punto de funcionar a veces como la "clase política" formativa de toda una nación, especialmente cuando se enfrentan a amenazas e invasiones extranjeras directas y reiteradas, como ha sido el caso, y sigue siéndolo, de las áreas de máximas tensiones (el área Asia Occidental —Medio Oriente—, el África al sur del Sahara y el Océano Índico son ejemplos notables en este sentido). De cualquier manera, la extensión de la conscripción a toda la población, incluyendo a su mayoría de trabajadores, campesinos, oficinistas y pequeña burguesía, plantea el problema de hasta qué punto las fuerzas armadas, aunque conducidas básicamente

por los grupos sociopolíticos hegemónicos, pueden no obstante llegar a ser un ejército de la nación. Tal es, en cualquier caso, la herencia que el nasserismo legó a nuestra interrogante teórica y política. Pero uno podría recordar los ejemplos del Bonapartismo, de la Larga Marcha, de los Jóvenes Turcos bajo Ataturk, de la resistencia armada contra el fascismo en Europa, de Perón, del FLN argelino; y de los efectos negativos del terco rechazo a ajustarse a la realidad en Chile y en Portugal, entre otros.

Querámoslo o no, las fuerzas armadas están en el centro de los nuevos modelos estratégicos del FU que se están desarrollando en Asia, África y América Latina, de diferentes maneras pero no integrados aún a la teoría política y social (normalizada).

Ciertamente, no existe un cambio real: no hay una receta, ninguna metodología dorada, ninguna teología política capaz de distinguir tajantemente y de manera definitiva, a ambos grupos. Existe sin embargo una importante regla de la práctica política y ésta es la *línea de masas*; la forma y el grado en que las políticas promovidas por cada una de las principales tendencias pueda ser, en mayor o menor medida, una fuerza movilizadora para la transformación concreta de la vida y el destino de la mayoría de la población trabajadora, de modo que no deforme el carácter nacional que ha sido conformado por la historia —la estructuración genética de la especificidad nacional— sino que, por el contrario, contribuya hacia su desarrollo y fructificación.

B. SOBRE LOS DESAFÍOS HISTÓRICOS Y CIVILIZATORIOS

1. Nos ocuparemos ahora del segundo factor, del segundo conjunto de la problemática del FU, la cuestión de la durabilidad. Hasta ahora, el FU ha sido concebido en la tradición socialista occidental como un expediente táctico, o cuando mucho estratégico, con el fin de conseguir un

máximo de resistencia o duración nacional para la hegemonía de la dirección socialista dentro del proceso político.

Sin embargo, en Asia, Africa y América Latina y en todas las instancias en las que las fuerzas del socialismo no han sido capaces de afirmar su hegemonía y su dirección en los frentes de liberación, vemos que los frentes nacionales son una institución con continuidad a largo plazo, sea formalmente, o *de facto*. Pues aquí hay un sentimiento de que el único frente cohesivo —tanto para la resistencia como para la construcción nacional y la transformación social— es sin duda el provisto por el FU gracias al proceso de unificación, a la tendencia unitaria, a la reunión de las fuerzas fundamentales de la nación, junto con y a pesar de los grupos y las luchas de clase, que conducen hacia la convergencia en el mismo campo amplio en contra del imperialismo, de la hegemonía y de los compradores.

Esta es la tonalidad del FU actual como estrategia política. ¿Podría haber otra dimensión?

2. Aquí debemos volver una vez más a la globalización del mundo y a los desafíos que esto plantea a todas las unidades nacionales, a todos los movimientos políticos, a todas las iniciativas de pensamiento y acción encaminadas a cambiar la situación de la humanidad hacia esa vida más igualitaria, más humana, más libre y más rica que se conoce con el nombre de socialismo. Es una necesidad del pensamiento y de la práctica política el ponderar las siguientes cuestiones: si los FU son concebidos no como un expediente político táctico, sino como una estrategia política a largo plazo, no sucederá acaso que, al vincularse en la acción, en el combate, en la interacción y el intercambio constantes, en la oposición dialéctica no-antagónica, en una complementariedad *de facto*, las diferentes unidades que conforman los dos niveles de estos nuevos FU llegarán a considerar de hecho que las promesas y el programa del socialismo puede realizarse mejor a través de un frente de fuerzas mucho más amplio que la simple hegemonía de la

clase trabajadora, aliada cuando mucho con los grupos del campesinado y de la pequeña burguesía inferior?

No llegarán acaso a considerar que la movilización de los más amplios sectores de la población, cruzando los límites de clase y por medio de la cultura nacional y las ideologías, las religiones y las filosofías —pertenecientes todas, enfaticémoslo nuevamente, a la tradición cultural nacional formativa, a sus "grandes familles spirituelles"— será un caudal tremendamente poderoso capaz de minimizar las dificultades, los dolores y los sufrimientos, al involucrarse en los grandes procesos de transformación? En pocas palabras, el FU, concebido y aceptado como una estrategia política a largo plazo, no conduciría acaso a considerar que tales Frentes Unidos están de hecho inmersos dentro de las grandes corrientes de la lógica histórica? Y si esto es así ¿no sería correcto que nosotros considerásemos que el FU no es una estrategia política —un "compromiso histórico" dentro de sus forzosamente angostos límites— sino más osadamente, dentro de esta línea de pensamiento, una estrategia histórica?

Porque aquí la alternativa se da realmente entre dos actitudes. Optar por el camino corto de la conspiración política, del activismo y la hegemonía minoritaria; pero en este caso, los que proponen esa actitud deben entender que avanzan contra-corriente de las tradiciones de masas de los movimientos populares de la historia y también contra el anillo de hierro de la geopolítica y la globalización del mundo. Cuando se han intentado tales actitudes, sólo han ayudado al enemigo del pueblo, como lo muestran algunas trágicas experiencias recientes, notablemente Chile. O —y éste es aquí y ahora nuestro deseo y lo ha sido siempre— elegir el camino más amplio para disminuir los sufrimientos humanos, las tensiones y las dificultades, en la vasta dirección hacia el progreso social, la felicidad pública y el acceso de los pueblos a la posibilidad de dirigir sus propios destinos. Éste podría ser el camino, y tales son las promesas del FU como estrategia histórica(...)". v

El Frente Unido Nacional, así entendido, es distinto del enfoque de clase-contra-clase de la dialéctica social centrífuga de la tradición e ideología política occidentales. Por otra parte, se relaciona directamente con formas equivalentes de movilizaciones sociales de masas en el corazón mismo de las renacientes naciones del Oriente: la Larga Marcha de la Revolución China, el concepto islámico de *Ummah*; la *urwah al-wuthqa* de los Afgani y Abdoh —el Frente Nacional Unido de nuestra tradición árabe contemporánea.

Esto, y sólo esto, permitirá a la nación árabe apropiarse del inmenso caudal de recursos en intelectos, hombres y voluntades para lanzar la revolución cultural en el corazón mismo del proceso de diseño e implementación de nuestra estrategia civilizadora árabe. Esto, y únicamente esto, habrá de permitirnos revivir la *Asabiyyah*, que es fundamental si queremos superar el ocultamiento de Egipto y reanudar nuestro curso nacional árabe conjunto.

11. Nuestra nación árabe se halla en el centro exacto del área de la civilización islámica afroasiática, desde Marruecos hasta los Mares de la China. El ocultamiento de Egipto priva a la nación árabe de su centro de poder y unidad efectivos.

Frente a la marea creciente de los tres continentes —y principalmente del Oriente: Asia y África— la contraofensiva civilizadora del imperialismo, conducida por el imperialismo racista sionista, está penetrando no sólo las estructuras políticas sino también, profundamente y a largo plazo, la voluntad política en su propio centro. Las dos mayores potencias socialistas, como lo hemos visto, se abstienen ahora de una acción efectiva en el área árabe. El peligro de una larga decadencia se cierne sobre el horizonte inmediato.

Sin embargo, un escrutinio estrecho del mapa geopolítico y geocultural muestra las promesas de la dialéctica del ocultamiento que tiene lugar actualmente. En toda el área

de la civilización islámica afroasiática está teniendo lugar una onda masiva de revoluciones nacionales, aunadas a veces a revoluciones sociales; y esta onda es capaz —por primera vez desde la época de oro del Islam y del Oriente— de hacerse dueña de la más importante fuente de riqueza del mundo contemporáneo. Esta área no parece estar en una situación que permitiría a las superpotencias crear estados vasallos dependientes por mucho tiempo. En lo profundo de los corazones de los hombres, actuando en las raíces de los movimientos nacionales de esta área, está la voluntad de independencia y de liberación, el deseo de renacimiento, las potencialidades de un resurgimiento significativo por medio de la unidad nacional, de la combinación del poder temporal con el espiritual, de las masas populares con el ejército, por medio de un impulso hacia la espiritualidad, un impulso de trazar nuevos caminos para las relaciones interhumanas e intersociales: en pocas palabras, todos los elementos de un renacimiento civilizador de inmensa magnitud.

De un modo más limitado, la mayor parte de las masas islámicas se encuentra en el punto coyuntural entre la Unión Soviética, China, la India y las regiones petroleras árabe-iraníes. Más que nunca antes, nuestra nación árabe podría convertirse en el eslabón mediador, el intercesor entre las diferentes culturas nacionales que aparecen separadas.

Más que nunca antes, nuestra nación árabe podría trazar el camino hacia la conjunción de todas las otras fuerzas de liberación nacional y progreso social en el Oriente, esencialmente en Asia y África, aunadas mediante un vínculo orgánico con la mayoría de las poblaciones de la masa continental Euro-Asiática, que vive ahora bajo la bandera del socialismo, pudiendo actuar, de esta manera, como mediador entre China y la Unión Soviética.

Más que cualquier "compromiso histórico", el desarrollo del Renacimiento Árabe —y la liquidación del ocultamiento de Egipto— podría trazar el camino hacia la transfor-

mación global del poder mundial en nuestro tiempo, y por lo tanto del destino mismo de la humanidad.

Nadie elige su tiempo en la historia.

Para enfrentar los desafíos vitales de nuestro tiempo en la historia y buscar el camino real para superar el ocultamiento de Egipto: que todos los patriotas se tomen de las manos, emprendan la acción y salven a nuestra amada patria. "¡Egipto, madre del mundo!"